

La metalurgia y otras actividades de mantenimiento en una casa argárica. El complejo estructural XVIa de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)¹

AUXILIO MORENO ONORATO
EVA ALARCÓN GARCÍA
FRANCISCO CONTRERAS CORTÉS
Universidad de Granada*

RESUMEN

La producción metalúrgica ha sido considerada como una de las actividades tecnológicas más complejas llevadas a cabo por los seres humanos. Generalmente, sus líneas de investigación han girado en torno al análisis de su sistema productivo, centrado primordialmente en su producción, consumo y distribución. Sin embargo, en este trabajo nos preguntamos cuál es la relación de esta producción con el resto de actividades de mantenimiento en un poblado definido como metalúrgico, Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). Para responder a esta cuestión nos basaremos en el análisis del registro arqueológico de la vivienda XVIa de este poblado argárico del Alto Guadalquivir.

PALABRAS CLAVE: Metalurgia, actividades de mantenimiento, relaciones sociales, Cultura del Argar y Alto Guadalquivir.

ABSTRACT

Metallurgical production has traditionally been considered as one of the most complex technological activities carried out by humans. Research approaches have normally focused on the analysis of its production, consumption and distribution. However, in this paper we wonder which was the relation between this production and others maintenance activities in a settlement considered as metallurgist: the bronze site of Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). In order to answer this question we base ourselves upon the analysis of the archaeological record of the house XVIa of this Upper Guadalquivir Argaric group settlement.

KEY WORDS: Metallurgy, maintenance activities, social relations, Argaric Culture, Upper Guadalquivir.

PEÑALOSA Y LA PRODUCCIÓN METALÚRGICA ARGÁRICA

El poblado de Peñalosa, ubicado en la vertiente septentrional de la cuenca del río Rumblar, ocupa un lugar destacado en la línea de conexión entre las comunidades del sur con el centro peninsular, a la vez que es enclave de multitud de afloramientos minerales de los que abaste-

cerse para el desarrollo de la actividad metalúrgica registrada en el yacimiento (Jaramillo, 2005; Arboledas *et al.*, 2006; Hunt *et al.*, 2011). Su localización, en una región de fuerte tradición minero-metalúrgica como es el distrito Linares-La Carolina, es el referente de una explotación minera que se remonta a la Edad del Cobre y que tiene su continuación hasta bien entrado el s. XX con numerosos vestigios aún hoy visibles en el paisaje (Contreras Cor-

* Departamento Prehistoria y Arqueología: auxiliomoreno@ugr.es; era@ugr.es; fccortes@ugr.es

¹ El presente trabajo se incluye dentro del desarrollo del Proyecto Peñalosa, financiado por la Dirección General de Bienes Culturales de la Junta de Andalucía y el proyecto I+D+I : "La minería en el Alto Guadalquivir. Formas de construcción histórica en la Antigüedad a partir de la producción, consumo y distribución de metales" MARZO11-30131-CO2-01 del Ministerio de Economía y Competitividad.

tés y Dueñas Molina, 2010; Moreno Onorato y Contreras Cortés, 2010).

El asentamiento de Peñalosa se localiza en el término municipal de Baños de la Encina (Jaén). Se trata de un poblado metalúrgico situado en el valle del río Rumblar, inundado en parte por las aguas del pantano del mismo nombre. Se enmarca dentro de la Cultura del Argar y presenta un patrón de asentamiento típico argárico: ubicado sobre un espolón de pizarra que se alza por encima del río, con casas rectangulares dispuestas en las laderas del cerro mediante el aterrazamiento artificial de la pendiente. Las distintas terrazas creadas se comunican entre sí mediante calles estrechas, situándose en la parte inferior del poblado una gran cisterna que recoge el agua de lluvia. El poblado está defendido naturalmente por una serie de cortados en su zona oeste, mientras que por el este está cerrado por una muralla, reforzada con bastiones, a la que se adosan las casas. La zona superior, donde se han detectado los enterramientos más ricos y un mayor consumo de carne de caballo, está especialmente fortificada y conserva restos de numerosas vasijas de almacenamiento con restos de cereal. Hasta el momento se han documentado 32 enterramientos en las zonas domésticas, que muestran una clara jerarquización social a partir de los ajuares funerarios, como también queda reflejado en los estudios antropológicos, en los alimentos consumidos, en los restos de cultura material que aparecen en los contextos domésticos y en el tamaño de las casas (Contreras *et al.*, 1997; Contreras, 2000; Contreras y Cámara, 2001; 2002).

La importancia de Peñalosa y del Rumblar hace 4000 años estribó en la explotación intensiva y masiva de mineral de cobre (óxidos y carbonatos fundamentalmente). Esta actividad minera realizada en el segundo milenio antes de nuestra era ha quedado fosilizada en un magnífico registro arqueológico que documenta todo el proceso extractivo y metalúrgico (minas, martillos de minero, vasijas horno, crisoles, moldes, útiles, etc.) y que muestra la relevancia de la explotación minera en esta zona desde aproximadamente el 1850 hasta el 1450 A.C. La importancia de esta actividad y su auténtica escala de producción nos la marca la aparición de numerosos moldes de lingotes, así como lingotes de cobre, que hablan claramente de una producción metalúrgica orientada, además del autoconsumo, a su distribución por amplias zonas de Andalucía y La Mancha. Esta producción de metal generó una gran riqueza que permitió la existencia de un importante poblamiento en el valle del río Rumblar. Como contrapartida a este metal otros productos vendrían al valle, como cereal y ganado, plata y oro. Este movimiento del metal de cobre por parte de las élites argáricas explicaría el gran desarrollo que adquirió el territorio en el Bronce Pleno (Contreras y Dueñas, 2010).

La producción metalúrgica ha jugado un papel muy destacado en las diferentes tesis elaboradas sobre el desarrollo de las comunidades argáricas en general, y de forma muy especial en la estratificación social de esta cultura (Lull, 1983, 2000; Lull y Estévez, 1986; Molina, 1983; Contreras y Cámara, 2000). En este debate el registro arqueometalúrgico del poblado de Peñalosa es esencial al ser el único yacimiento argárico con posibilidad de reconstruir fielmente cada una de las fases implicadas en el proceso

de producción (Moreno Onorato y Contreras Cortés, 2010; Moreno Onorato *et al.*, 2010). Sin embargo, al no ser éste el objetivo de nuestro trabajo, no entraremos a realizar valoraciones al respecto.

La consideración de Peñalosa como poblado “metalúrgico” no implica su exclusividad en la producción ni tan siquiera en el número de personas dedicadas a dicha actividad, ya que como veremos, existen otras actividades, como las agropecuarias y de mantenimiento, ampliamente representadas en el yacimiento, que requieren igualmente la inversión de tiempo y abundante mano de obra. Prueba de ello es el caso del Complejo Estructural (CE) XVIa en el que basaremos este análisis. En dicho espacio social conviven al mismo tiempo actividades de carácter metalúrgico con el conjunto de actividades de mantenimiento, que en definitiva son las que hacen posible la subsistencia del grupo humano y su desarrollo (Alarcón García, 2010).

El tipo de análisis que presentamos, fundamentalmente contextual y social, se enmarca dentro de los objetivos primordiales del Proyecto Peñalosa que ha sido igualmente pionero en dar entrada a nuevas líneas de estudio, entre las que destacan las relaciones de género o los estudios micromorfológicos referidos a los suelos, en especial a los de ocupación, aportando así una información valiosa para la reconstrucción de la Cultura Argárica a partir de un marco de estudio básico como es Peñalosa y el valle del Rumblar en las estribaciones meridionales de Sierra Morena oriental.

EXCAVACIÓN DEL CE XVIa: CARACTERIZACIÓN, ORGANIZACIÓN Y ANÁLISIS FUNCIONAL

En el estudio de las comunidades prehistóricas es básico analizar cada uno de los espacios a nivel micro y su articulación no solo ya dentro del poblado (escala semi-micro) sino a una escala más amplia como es el territorio circundante (macro), como uno de los mecanismos clave para elaborar el análisis de las relaciones sociales existentes (Clarke, 1977). En definitiva no se trata sino del medio a través del cual se producen y reproducen las relaciones y las prácticas sociales (Bourdieu, 1985), o dicho de otro modo, la articulación y organización de los espacios son fiel reflejo de las acciones que se realizan e incluso de las percepciones que se tienen como lugares donde se estructuran y reproducen las rutinas esenciales de la vida (Richards, 1990). La forma de construir y organizar el espacio en el que se vive nos afecta y nos ayuda a confirmarnos como miembros de un determinado grupo; es individual, pero también es social y por tanto implica diferencias e identidades entre los miembros de una misma sociedad al tiempo que los dota de los medios para negociar (Sørensen, 2000).

Cómo se construyeron esos espacios, las técnicas constructivas que usaron o los tipos de materiales que emplearon, son parte de los documentos legibles que podemos barajar aún hoy de las formas de vida humana a lo largo de la Historia (Zevi, 1998: 163). Así, cualquier tipo de construcción se convierte en la evidencia directa de los



Lám. I: Vista área de Peñalosa con zona estudiada remarcada.

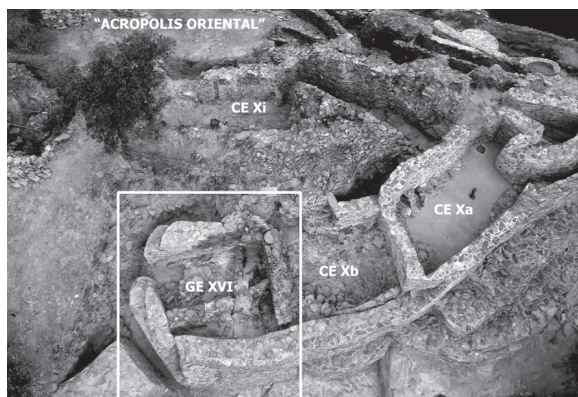
conocimientos, pensamientos, métodos o de los sistemas de trabajo de quienes lo realizaron, es decir, son los productos directos y tangibles de la toma de decisiones y de las relaciones que mantuvieron nuestros ancestros (Mark, 2002: 20).

Analizar cómo se materializan esas iniciativas en la construcción y en la organización de una estructura social resulta fundamental para el conocimiento de las sociedades del pasado. De ahí nuestro esfuerzo por desmenuzar el espacio ocupado en una de las viviendas tipo del poblado, la XVIa, a lo largo de los dos momentos de ocupación identificados hasta el momento, mostrando su organización espacial y funcional así como las reestructuraciones habidas en cada una de esas dos fases. Este análisis, centrado fundamentalmente en el estudio e interrelación de la producción metalúrgica y el conjunto de las actividades de mantenimiento, posibilita conocer las continuidades o, por el contrario los cambios que se producen a nivel espacial tanto como reflexionar sobre la incidencia de una determinada organización en el desempeño de las actividades cotidianas y de los roles que se establecen entre sus moradores.

El CE XVIa, localizado en el extremo suroccidental de la zona denominada como "Acrópolis Oriental", se estructura sobre la Terraza Superior de la ladera sur del poblado alineada junto a otros dos complejos estructurales y con acceso, desde la entrada principal sur, a través de una estrecha calle en cuesta que alterna varios escalones de piedra (Contreras *et al.*, en prensa a y b) (Lám. I). Su excavación, desarrollada de manera sistemática durante las campañas de 2005, 2009, 2010 y 2011, ha contado con una metodología microespacial siguiendo el sistema de registro arqueológico SIAA², gracias al cual se han podido definir los procesos deposicionales y postdeposicionales de este espacio precisando su marco estructural y contextual. De la misma forma se ha podido caracterizar su organización espacial así como las áreas de actividad productiva y sus relaciones a lo largo del tiempo de uso de la vivienda. Ello es debido fundamentalmente al sorprendente estado de

conservación que presenta en general el poblado, en donde perduran aún construcciones de más de 4 m de alzado o contextos al interior de viviendas de procesos que parecen llevar apenas unas horas en desuso. Ciertamente existen también sectores arrasados casi al completo debido a factores de diversa índole como la actividad erosiva alentada por la fuerte pendiente, cuando no por errores constructivos o por una falta de previsión a la hora de adecuar el tipo de cimentación al volumen global de obra que debería de soportar³.

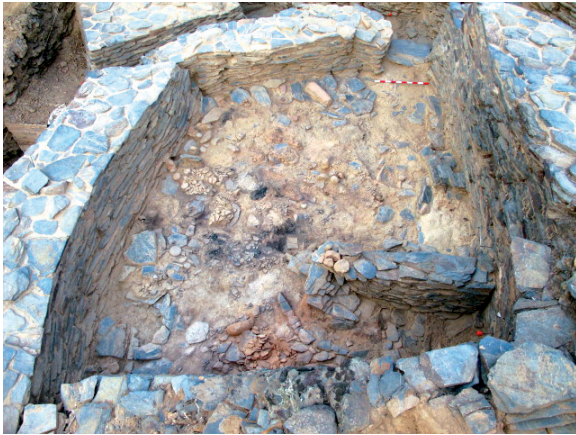
Como se ha señalado anteriormente, el espacio XVIa se sitúa en la vertiente sur del poblado formando parte de un conjunto de hasta tres viviendas alineadas en sentido este-oeste sobre uno de los aterrazamientos de la zona superior (CE Xa y CE Xb) (Lám. II). Su acceso desde el exterior del poblado se realiza través de la entrada principal existente, abierta en el frente de muralla en esta ladera sur, para continuar por uno de los dos estrechos pasillos (de 1 m aproximadamente de anchura) en que se bifurca y con trayectoria hacia el norte y en ligera rampa. El otro espacio de circulación continuaría en dirección suroeste hacia uno de los sectores no excavados aún. Esta hilada de viviendas queda delimitada al norte por el muro de aterrazamiento que recorre la ladera y al sur por el propio cierre amurallado que delimita la parte central del poblado y que engloba igualmente la zona de acrópolis. Dicha muralla, con diversas reestructuraciones realizadas en las obligadas operaciones de mantenimiento que debieron ejercer de manera recurrente, se alza sobre el sustrato natural formado por bloques de pizarra en clara pendiente hacia el sur. Al exterior de esta zona se extiende un espacio, a modo de ancha calle, que al menos en una anchura de unos 3 m parece estar desocupado de estructuras hasta dibujar un nuevo aterrazamiento, a una cota visiblemente más inferior, por donde se continúa organizando el poblado, documentado por el momento a través de los restos abandonados tras los expolios a que se sometió el yacimiento antes de ser el centro del Proyecto de Investigación, y por los resultados obtenidos en un eje perpendicular al cerro, planteado como estratigráfico.



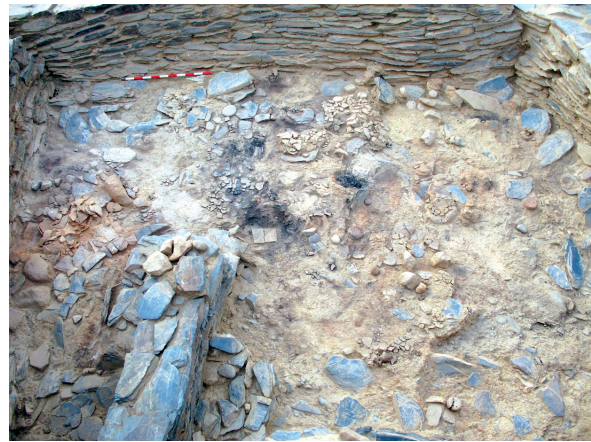
Lám. II: Detalle aéreo del CE XVIa.

2) EL SIAA ha sido desarrollado por el Grupo de Investigación GEPRAN del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada, dirigido por el Dr. Fernando Molina.

3) En relación a los sistemas de construcción observados en Peñalosa ver el trabajo de A. MORENO ONORATO (2011).



Lám. III: Vista general del suelo de la Fase IIIA del CE XVIa.



Lám. IV: Detalle del suelo de ocupación de la Fase IIIA del CE XVIa.

La excavación de la vivienda en cuestión se inició con la retirada de los mismos materiales que una vez formaron sus muros y techumbre (de más de 1,5 m de espesor) hasta ir definiendo un espacio social de algo más de 25 m², en forma rectangular y de esquinas ligeramente redondeadas, orientado en sentido este-oeste, paralelo a las curvas de nivel del cerro, y con la zona de acceso sobre lo que sería su pared occidental, formada por un tranco de pizarra. El interior de este complejo estructural se articula en función de diferentes tabicaciones que crean a su vez diversos ambientes (Lám. III).

Al entrar en la casa llama la atención los restos aún visibles del enlucido de las paredes⁴ y el grado de alteración de las pizarras de los mampuestos debidos al potente incendio que terminó por destruir la vivienda tras la primera de las dos fases de ocupación observadas hasta el momento⁵. El hecho de que se enluzcan o revoquen las paredes internas nos indica un sistema estandarizado de acabado de los sistemas constructivos pero a la vez también nos hablan de los trabajos de mantenimiento que conllevaron dichas estructuras y espacios sociales. Si nos detenemos en contabilizar la serie de capas de enlucido que presentan algunas de estas paredes podremos establecer la periodicidad de este tipo de mantenimiento, como sería el caso de la vivienda Xa, separada de la que nos ocupa solo por otra intermedia (Rivera Groennau, 2007; Rivera Groennau y Alarcón García, en prensa).



Fig. 1: Planta de distribución del suelo IIIA de la casa XVIa de Peñalosa.

Organización del espacio y suelos de ocupación Fase IIIA (Fig. 1, Lám. IV)

Varias razones podrían explicar el buen estado de conservación del registro arqueológico de esta primera fase de ocupación, aunque quizás una de las más importantes sea

4) El estudio de estos materiales está siendo realizado por J. M. Rivera Groennau

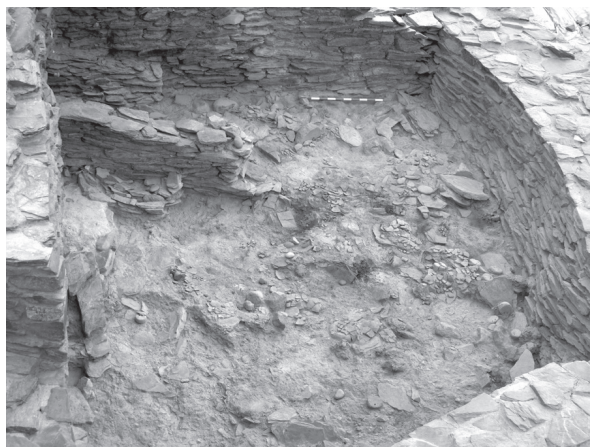
5) En este sentido, y aunque ya en una pequeña zona ha aparecido la roca natural, no se descarta la existencia de una fase de ocupación aún más antigua (Fase IIIB), documentada en algunos otros sectores de excavación próximos.

la potencia de los depósitos arqueológicos existentes entre ambas fases (IIIA y IIIO). Depósitos de derrumbe, de más de 1 m de espesor, que sepultan un instante de cotidianidad y de colectividad al mismo tiempo que de individualidad, bajo las piedras, enlucidos y revocos de paredes y de la techumbre, y cuyo origen tendríamos que asociarlo a un fuerte incendio, identificado también en otras viviendas de la parte alta del poblado (Moreno Onorato y Contreras Cortés, 2010: 67; Contreras Cortés *et al.*, 2010, en prensa a y b). Este episodio previsiblemente fortuito y de dimensiones catastróficas ha mantenido sin embargo en un estado óptimo gran parte de los elementos constructivos, ya sean las vigas de madera que sostendrían el ramaje y las lajas de pizarra de la techumbre, como los artefactos que ocupaban el propio suelo de habitación. Esto nos ha dado una información inestimable tanto de los contextos sistémicos como de los momentos previos al abandono, sus causas pero también sus usos, funciones, actividades, producciones y relaciones sociales.

Entre los materiales de ambos derrumbes, afectados en su mayoría por la acción del fuego, abundan los restos de barro perfectamente careados cargados de improntas de los cañizos que formarían la techumbre junto a otros, de los enlucidos interiores de las paredes, conservados en los muros perimetrales, o los barroes empleados para impermeabilizar la techumbre. Ello supone una de las evidencias directas de la continuidad tanto de los sistemas constructivos como de la funcionalidad y uso del espacio, manteniéndose igualmente los muros medianeros de un grosor aproximado de 0,40 m.

El CE XVIa responde al prototipo de vivienda argárica de Peñalosa, con estructuras básicas para el buen desarrollo de las diversas actividades que marcaron la vida cotidiana del grupo social que vivió en este espacio, así como de los restos de cultura material necesarios para realizarlas (Lám. V).

Antes de pasar el umbral de la vivienda observamos cómo la gran laja de pizarra recortada, de 0,90 m de largo por 0,35 m de ancho, que hace de tranco, presenta una zona de pequeñas cazoletas que mucho debieron de significar para los habitantes de este poblado dada su reiterada



Lám. V: Área central del CE XVIa (Fase IIIA).

presencia en otros ámbitos similares, siempre en relación con zonas de paso.

El pavimento del suelo de ocupación, de barro endurecido, sirve para encajar una estructura, a la derecha del vano de entrada, de lajas de pizarra, dispuestas un tanto inclinadas, formando una especie de círculo (de 1,50 m de longitud por 1 m de ancho), con una vasija de grandes dimensiones en el centro. Es precisamente en torno a esta estructura, aledaña a la puerta, donde encontramos las primeras evidencias de un área delimitada para una de las tareas domésticas fundamentales en el seno de la economía de estas sociedades: el procesado del cereal con zonas destinadas al almacenamiento y la molienda. Superpuesto en parte a la estructura que soporta la vasija anterior se articula un banco de molienda, algo diferente a los que aparecen en otras viviendas del poblado, formado en este caso por un soporte de tan solo una hilada de pizarras⁶ que sustenta un gran molino abarquillado, de granito. El grano molturado se recogería en un contenedor cerámico dispuesto justamente al lado opuesto de la vasija, en el sitio que resulta ser el más cómodo si se recrea la posición genuinamente adoptada por la/s persona/s encargada de realizar esta producción. Completa este espacio otra estructura relacionada casi con toda seguridad con esta misma actividad: una vasija de medianas dimensiones y de factura bastante tosca, que apareció encajada y calzada convenientemente por cantos rodados, aunque al contrario de lo que cabría esperar, su interior se encontraba completamente vacío. Además, junto a esta estructura de molienda, se recogieron gran cantidad de semillas de cereal, básicamente trigo y cebada, completamente carbonizadas.

En el frente opuesto al de la puerta se estructura un pequeño espacio delimitado por un tabique medianero, paralelo al muro este, que arranca de la pared norte, se dirige hacia el sur y cierra al sureste (E 50.16) (Lám. VI). A este espacio se accede por medio de un vano franqueado por dos lajas verticales.

En torno a uno u otro lado de este tabique se reparten los cuatro bancos identificados en esta fase (Lám. VII): el primero de ellos (E 50.35) representa dos momentos constructivos diferentes. En un principio, el banco, apoya-



Lám. VI: Área oriental del CE XVIa (Fase IIIA).

6) Normalmente los bancos de molienda aparecen sobre elevados del piso entre 0,50-0,90 m.



Lám. VII: Área norte del CE XVIa (Fase IIIA).

do en la cara interna del tabique medianero presentaría una forma de tendencia rectangular para, posteriormente ser ampliado y adquirir esta vez una forma semicircular. Con esta pequeña reforma, uno de los extremos del banco quedaría superpuesto a otro, el segundo (E 50.34), que recorre buena parte del frente trasero de la casa. La particularidad que presenta este banco está en su construcción: aprovechando el resalte del afloramiento de la roca, se reviste de un armazón de pizarras en mampuesto, de hasta tres hiladas, que se rellena no con mampostería como sería lo usual, sino con un mortero depurado, compacto, de grano muy fino y de color blanquecino.

El tercero de los bancos (E 50. 53), algo peor conservado, se adosa a la cara exterior del tabique, mientras que el cuarto, un banco corrido, estrecho y de mampostería (E 50.15), se apoya al noreste sobre el muro medianero con la casa de al lado.

Al exterior de este espacio y junto al muro que hace de medianero con el CE Xb, documentamos un pequeño contenedor rectangular delimitado por lajas hincadas de mediano tamaño (E 50.52) del que desconocemos su funcionalidad hasta no disponer de los resultados analíticos realizados al sedimento que contenía. Posiblemente haya que ponerlo en relación con toda la vajilla, incluidas sus tapaderas, recuperada alrededor del mismo: diferentes vasos, algunos carenados y de paredes muy cuidadas, cuencos y una pequeña ollita, así como una zona con varios molinos barquiformes, de medianas y pequeñas dimensiones entre los que se localizaba un pequeño vasito cerámico, de factura tosca similar a los recuperados tanto en esta vivienda como en otras zonas del poblado. La disposición de estos molinos con respecto al banco señalado en el anterior espacio descrito (E 50.15) nos hace pensar en la posibilidad de que originariamente éstos estuviesen colocados sobre él, lo que facilitaría enormemente el acto de moler⁷.

7) Con ello no estamos sugiriendo que todos los molinos estuviesen apelotonados encima del estrecho banco, sino que, atendiendo a su tamaño y forma, éstos probablemente se utilizaron de manera discriminada en función de su uso sobre diferentes materias, por lo que, sobre el banco se colocaría solo uno cada vez, es decir en función de su preferencia para ser usados, estando el resto almacenados junto a ese banco y en torno al vano de acceso.

8) En el espacio delimitado en la esquina noreste de la casa se han documentado varios restos de vigas, de un grosor medio de 0,15 m, todas en paralelo y con orientación este-oeste.

De los elementos que compondrían la techumbre ya hemos indicado que son numerosos los restos recuperados gracias a su combustión (tanto del entramado vegetal que lo formaría, como de las grandes y finas lajas de pizarra, y de la sucesiva capa de barro que finalmente lo recubriría), por lo que nos quedaría por definir las vigas que la sustentarían. Por el momento, el único hoyo de poste que se ha identificado para esta fase se sitúa en el extremo sur de ese tabique medianero señalado. Su tipología responde a las tantas veces documentados en estos mismos contextos en el poblado: un hoyo en el terreno sobre el que se coloca una viga de madera que se ajusta por medio de calzos, en este caso de pizarras de pequeño tamaño. Ocultando parcialmente el hoyo se recuperó la viga completamente carbonizada que debería rondar por los 0,25-0,30 m de diámetro. Pudiera ser que esta viga sustentase la techumbre desplegada sobre la parte central de la vivienda al tiempo que otra techumbre de menor envergadura cubriese solo la parte oriental de la misma⁸. Como ocurre en otras de las estructuras de habitación, esta viga sustentaría otra que atravesaría longitudinalmente el espacio, a partir de la que se tejería un entramado transversal de otras tantas vigas en paralelo, ancladas en tacas abiertas a distancias regulares sobre los muros norte y sur.

Los rituales de enterramiento y la especificidad de las necrópolis han sido relevantes en la definición de los grupos sociales del pasado. Tanto es así que esas particularidades funerarias han servido como punto de partida en la caracterización de la Cultura Argárica (Siret y Siret, 1890; Lull, 1983; Lull y Estévez, 1986; Molina, 1983; Contreras *et al.*, 1987-88). Por regla general se trata de inhumaciones individuales o dobles, aunque de forma excepcional se den enterramientos triples e incluso cuádruples, al interior de las viviendas, bien en estructuras que a menudo forman parte del mobiliario doméstico para la producción de alimentos (bancos o poyos), bien bajo el suelo de ocupación



Lám. VIII: Primera cobertura de la sepultura 31.



Lám. IX: Sepultura 31.

(Molina, 1983; Contreras, 2000; Aranda *et al.*, 2009; Montón, 2010; Alarcón García, 2010; Alarcón García y Sánchez Romero, en prensa).

En el caso de esta vivienda, las sepulturas identificadas se encontraban bajo el suelo de ocupación. La primera de ellas (sep. 31), localizada al fondo de la casa, en el extremo oriental, junto al muro medianero y bajo el pavimento, estaba preservada por dos cubiertas, una sobre otra (Lám. VIII). Tras el levantamiento de una gran laja de pizarra circular delimitada por piedras de menor tamaño, aparece una segunda, de similares características, sobre la que se encontraban diversos objetos, todos ellos de significado especial al no formar parte del registro usual recuperado en la excavación: un vasito de pequeño tamaño, sin cocer y de fractura muy tosca; un puñal de dos remaches, igualmente de pequeñas dimensiones; y una valva de concha de molusco (*glycimeris sp.*) bañada en blanco. Una vez levantada esta última apareció, embutida bajo el suelo de ocupación, una olla de paredes rectas con el borde decorado a base de incisiones paralelas, que contenía los restos óseos de un individuo infantil de corta edad, en posición anatómica de decúbito lateral izquierdo y completamente articulado (Lám. IX).

Aunque en Peñalosa las sepulturas tipo *pithos* están muy representadas (Contreras, 2000; Sánchez Romero y Alarcón García, en prensa), y sobre todo como sepulturas infantiles, éste ha sido el primer caso en que se documenta con una doble cubierta. Tampoco entra dentro de la norma el que el ajuar no se localice en el interior, junto al individuo inhumado. Dos de las mil posibles interpretaciones que se nos ocurren a este respecto son: una, que sería fruto de un hecho absolutamente intencionado, y dos, que pudiera responder a la impresión que se tuvo durante el proceso de excavación: como si una vez sellada la sepultura y tomada la decisión de no abrirla de nuevo, se intentase rectificar el

hecho de haber olvidado depositar el ajuar, colocando esos tres objetos entre las pequeñas oquedades que quedaban bajo la primera cubierta, para luego terminar de sellarla con la superposición de las otras lajas que formarían la segunda cubierta⁹.

A estas reflexiones sacadas de la intuición se añaden otras que parecen apoyarse más en el pensamiento lógico como sería la siguiente para este mismo hecho: al no sellarse con mortero ninguno de los cierres, no hubiese habido mayor problema en levantar esa primera cubierta y depositar los objetos de ajuar olvidados a no ser quizás porque al hacerlo se estuviera incumpliendo una de las normas socialmente no admitidas en un acto ritual en el que el implicado es un individuo infantil¹⁰.

Una segunda sepultura (sep. 32) estaba situada bajo el suelo del frente delantero de la vivienda, debajo justamente de donde se estaría trajinando con las orzas repletas de cereal y junto al ajuar doméstico vinculado con el telar (Lám. X). En esta ocasión se trata de una cista rectangular, que alterna lajas medianas en vertical con mampostería, con una orientación norte-sur, revestida en sus lados menores por sendas lajas de pizarra en vertical, quedando sus restantes laterales escasamente definidos debidos más a la erosión habida durante el periodo de uso del suelo de ocupación que a su construcción originaria. Sobre el enlosado de planchas de pizarra regularizadas que forma la base de la cista, se dispone un individuo masculino adulto, de gran talla, depositado en posición de decúbito lateral izquierdo. El ajuar, en este caso junto al inhumado, consistía en un vaso globular, de borde entrante y de paredes finas y depuradas, a la altura del cráneo; una ofrenda cárnica¹¹ junto al torso; y un fragmento de la valva de un molusco fosilizado (*ostrea sp.*) perteneciente al Mioceno y hallado junto a los pies (Lám. XI).



Lám. X: Molino y cobertura de la sepultura 32.

9) Al no contar con datos científicos contrastables nos permitimos inferir acciones de este tipo que no son sino fruto de un pensamiento, razonado o impulsivo y fuera de lugar en el espacio y tiempo presentes, ante el acto de comunicación que parece establecerse entre el arqueólogo y la amplia panoplia de evidencias que se nos muestran a la hora de recuperar lo enterrado.

10) Ello podría explicar el por qué, contrariamente a lo que sucede con los *pithoi* infantiles, una gran mayoría de sepulturas argáricas eran reabiertas, incluso en más de una ocasión, para dar morada a otro miembro del grupo.

11) En la actualidad estos restos de fauna están siendo estudiados.



Lám. XI: Sepultura 32.

Ambas sepulturas presentan un excelente estado de conservación, completamente selladas y sin evidencias de alteraciones postdeposicionales salvando las lógicas filtraciones sedimentarias.

Fase III/0 (Fig. 2)

En esta nueva fase, asentada sobre el derrumbe aplanado de la fase anterior, se observan varias reestructuraciones en el interior de la vivienda encaminadas todas ellas a compartimentar aún más el espacio:

- El vano de puerta (E 50.27), aunque posiblemente con una mayor anchura, se mantiene realizado ahora con mampostería hasta el nivel del nuevo pavimento evitando así mantener un escalón hacia el interior de la vivienda.

- Adosado al muro perimetral este se alza un frente de mampostería probablemente con la intención de reforzarlo (E 25.13), el cual comprime aún más este estrecho espacio creado en la fase anterior, y en la que ya se han desmantelado los bancos existentes a ambos lados este y oeste respectivamente. Este espacio, que no solo mantiene el vano de acceso sino que se aísla aún más del resto mediante una puerta de la que se ha hallado *in situ* la piedra con cazoleta (gozne) en donde fijar la hoja y hacerla

girar, con signos evidentes de fricción. Muy posiblemente este espacio quedase en estos momentos al aire libre como comentaremos más adelante.

- El tabique medianero norte-sur (E 50.16) que delimitaba ese espacio anterior, se mantiene aunque conectado ahora a otro muro de compartimentación (E 50.4), de mayor entidad, dispuesto casi en paralelo al lienzo delantero de la casa (E 50.8), es decir con orientación suroeste-noreste. En la conexión entre uno y otro se crea un vano, delimitado por al menos una laja hincada en vertical, que funcionaría como zona de paso.

De esta forma, la planta que adquiere la casa en estos momentos es la de un recinto rectangular en el que destaca un espacio central, de menores dimensiones que en la fase precedente, separado de otro espacio en ele, a modo de estrecho pasillo que recorre parte del lateral este y todo el sur de la estructura de vivienda, con posibilidad de comunicarse, por una puerta, con el pequeño espacio sin techar, confinado en la esquina noreste para trabajos metalúrgicos. Al reordenarse de esta forma el espacio, la viga que soportaba la techumbre en la fase anterior continúa funcionando si bien ha de disponer de una viga más para repartir cargas y evitar su desplome, por lo que colocan otra, alineada con la anterior, adosada al muro medianero con el CE Xb, de la que se conserva el hoyo donde estuvo encajada.

En efecto, y continuando en cómo se repartirían el es-



Fig. 2: Planta de distribución del suelo III/0 de la casa XVIa de Peñalosa.

pacio, es en la parte norte de este último, junto al muro trasero de la casa, en donde apareció, a nivel del suelo, una

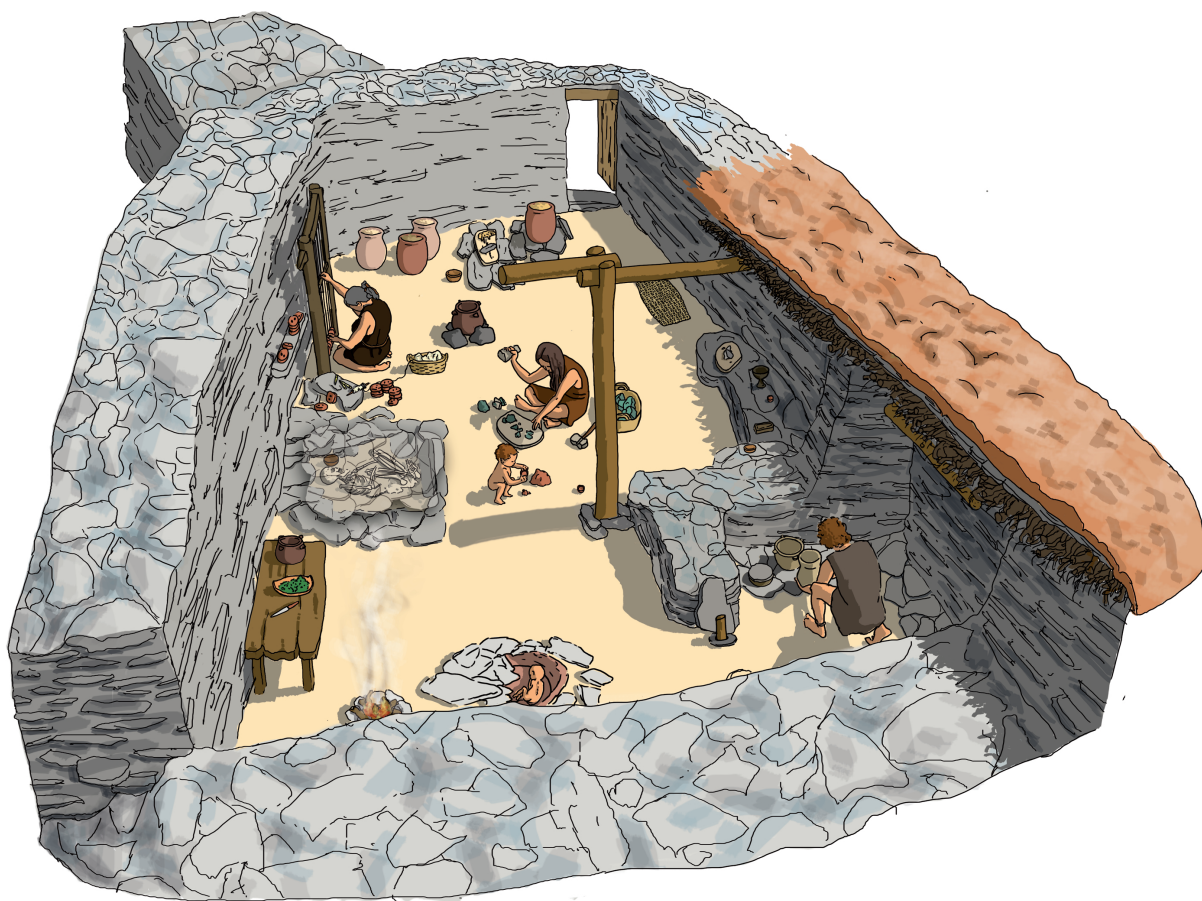


Fig. 3: Reconstrucción de las actividades de mantenimiento del suelo IIIA de la casa XVIa (Dibujo de David Berbel y Lola Contreras).

estructura relacionada con la actividad metalúrgica. Dicha estructura, de lajas hincadas, presenta una forma bastante irregular, de tendencia semicircular. Su contenido estaba formado por una gran pella de barro endurecido con abundantes restos de mineral y alterado todo el conjunto por una prolongada exposición al fuego.

Si bien es cierto que esta zona está dedicada, al menos de forma ocasional, a la actividad metalúrgica, no ocurre lo mismo en el resto del pasillo. Hacia la mitad, en sentido norte-sur, se estructura un espacio delimitado por pizarras dispuestas en vertical junto al muro medianero con la casa colindante, que funciona como un gran contenedor de forma alargada que al parecer estuvo revocado en su interior por una gruesa capa de barro. Toda la estructura se encontraba muy alterada por su prolongada exposición a altas temperaturas. Siguiendo el pasillo aparece otro gran contenedor segmentado por lajas hincadas, en cuyo interior se encontraban apoyados sobre el pavimento tres grandes orzas. Bajo el derrumbe de parte de ese barro que recubre el interior de la estructura se localizó un potente paquete de ceniza, de forma ovalada, que habría que relacionar con un posible hogar.

Cómo se organiza y articula el desarrollo de la vida cotidiana

Desde un punto de vista arqueológico el abandono de Peñalosa nos dejó un poblado prácticamente "arrasado". Arrasado en el sentido de que sus gentes debieron de acabar con el mayor número de enseres¹², aquellos que estaban aún en buen uso, aquellos otros que, por su volumen y peso fundamentalmente, posibilitaban su transporte, o los dotados de una fuerte carga personal ya fuese emotiva, simbólica o ritual. Sin embargo nos contentamos con dar sentido a los restos que quedaron y que son los que nos ayudan a resolver determinadas cuestiones en función del contexto en que se hallen. En los espacios diferenciados, cada una de las estructuras que se articulan sobre los suelos de barro apisonado mantiene un número variable de restos materiales relacionados con una actividad determinada. En el caso de la casa XVIa estos restos materiales responden al conjunto de actividades de mantenimiento y producción metalúrgica. Su análisis espacial nos permitirá determinar cuáles eran esas áreas en donde se desarrollaba la actividad al tiempo que tantee en el tipo de relaciones sociales y laborales de sus habitantes.

12) Se entienden como enseres tanto los utensilios como los instrumentos necesarios para realizar una actividad.

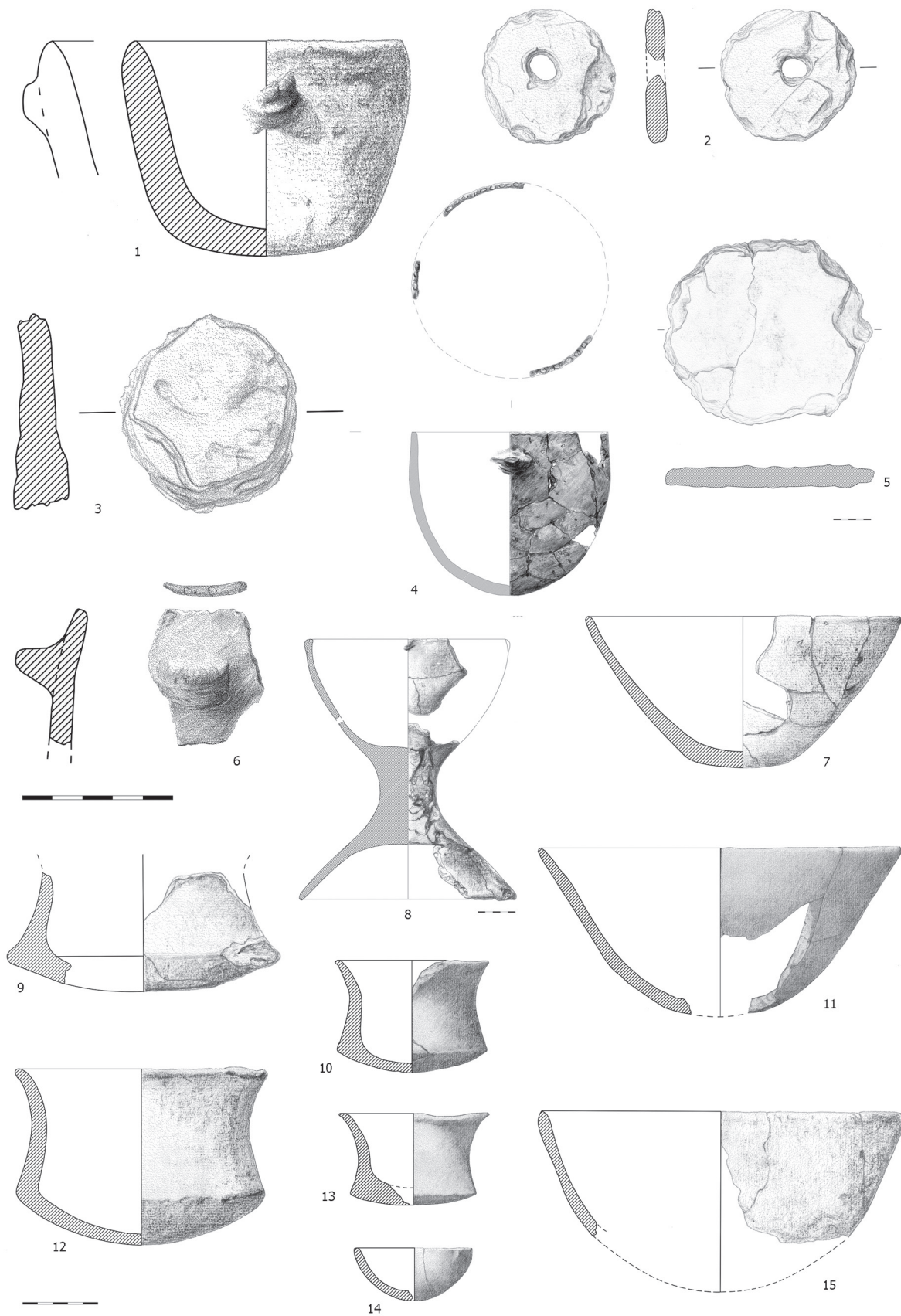


Fig. 4: Elementos arqueológicos de la casa XVIa (suelo IIIA) relacionados con la preparación y consumo de alimentos.

Distribución de la cultura material recuperada en el suelo de ocupación IIIA (Figs. 1 y 3)

Suponemos que en el amplio periodo de ocupación de esta casa estándar de la cultura argárica la organización y redistribución de sus espacios estaría sujeta a diferentes criterios –personales, familiares, comunitarios, etc.- activados de forma voluntaria o por imposición. No obstante y ante la obviedad de no poder llegar a determinar ese alto tanto por ciento de lo acontecido en estas poblaciones como nos gustaría, trataremos de reconstruir cada una de las dos fases documentadas analizando la disposición espacial de las estructuras ya señaladas en relación a la cultura material identificada, a la vez que se intentará desvelar en lo posible los comportamientos sociales originados por el conjunto de actividades que se llevaron a cabo.

La disposición y tipología de los elementos localizados tanto sobre los bancos como en el espacio entre ellos, nos lleva a la conclusión de que se alternan diversas actividades -cocinado, molturación de alimentos, almacenaje, elaboración de tejidos y su confección, e incluso el machacado de mineral, la elaboración de moldes metalúrgicos o el pulido de piezas metálicas entre otros- que parecen estar realizándose de forma conjunta y sin que se tenga necesariamente que preservar un espacio para cada una de esas actividades concretas. Esto es así ya que dichas actividades no parecen sobrepasar la escala familiar, y en el caso de las metalúrgicas no resultan nocivas para la salud ya que no se trata de tareas que impliquen reacciones fisicoquímicas –como sería la reducción de mineral o las mismas tareas de fundición-. Inevitablemente en estos espacios pueden quedar restos de vasijas metalúrgicas, de escorias y de mineral como reliquias de elementos que se traen y se llevan dentro y fuera de la vivienda, pero que de ningún modo se procesan en este espacio.

Entre los materiales más significativos relacionados con la metalurgia (Fig. 5), que estarían depositados sobre los dos bancos que dispone el espacio central de la casa, están los llamados martillos mineros (Fig. 5: 1 a 3), de tamaño algo más pequeño que los hallados junto a las minas pero también con rebajes laterales en la zona de empuje, junto a machacadores y piedras que funcionan como yunques sobre los que machacar el mineral, 6 moldes de barrita en piedra arenisca (Fig. 5: 6 a 11), dos de ellos bivalvos¹³, y otro cerámico en forma rectangular (Fig. 5: 12).

Otros restos de mineral, incluso de escorias se recogieron conjuntamente con otros elementos cerámicos, en piedra o en hueso trabajado en diversas partes de la estancia y sobre el suelo de ocupación, lo que recuerda a otros espacios ya estudiados del poblado al tiempo que refuerza la idea de que no existen talleres exclusivos en donde se desarrollen todas las fases del proceso metalúrgico, si bien, necesariamente algunas de estas fases solo podrían realizarse en lugares muy concretos, alejados lo máximo



Lám. XII: *Sepultura 31 y contenedor.*



Lám. XIII: *Tabique central y hoyo de poste del CE XVIa.*

posible de zonas habitadas, como interiores de casas o zonas techadas de almacenamiento de alimentos. Lo que sí podemos avanzar es que los lugares reservados a estas actividades se limpiarían periódicamente a juzgar por los restos acumulados al exterior de la zona amurallada¹⁴.

El repertorio se completa con ciertos útiles que, sin tener un uso exclusivo para una u otra actividad, son de materia dura y conviene tenerlos siempre a mano: cantos de río esféricos, muy pulidos y por lo general de pequeño tamaño que, hasta no contar con una serie sólida de analíticas -huellas de uso e identificación de restos adheridos, entre otros- pudieron estar implicados en cualquiera de las actividades reconocidas. De entre ellos se recuperaron dos que destacan por su peculiaridad a parte de su exclusividad al menos en este poblado: una esfera pulida que cuenta en el centro con una especie de anillo inciso de unos 2,5 cm de diámetro al igual que en su reverso, aunque en este caso no esté la superficie pulida (Fig. 5: 4); y otro canto de río usado como mano de molino, también con una super-

13) En la bibliografía se duda a menudo de la utilidad de estas piezas como moldes de punzones o de barritas a favor de piedras de pulir. En este contexto las dos valvas de este tipo de moldes aparecen no solamente muy próximas sino que casan perfectamente una con otra. Estos, constituyen un caso singular de moldes bivalvos en Peñalosa ya que el resto mantiene siempre la valva superior completamente lisa, sin que esté predefinida la silueta de la pieza.

14) En las dos últimas campañas se ha venido excavando en una zona, al exterior del recinto amurallado sur, de vertedero exclusivamente de restos del procesado metalúrgico (reducción y fundición) (Contreras Cortés *et al.*, en prensa a y b).



Fig. 5: Elementos arqueológicos de la casa XVIa (suelo IIIA) relacionados con la metalurgia.

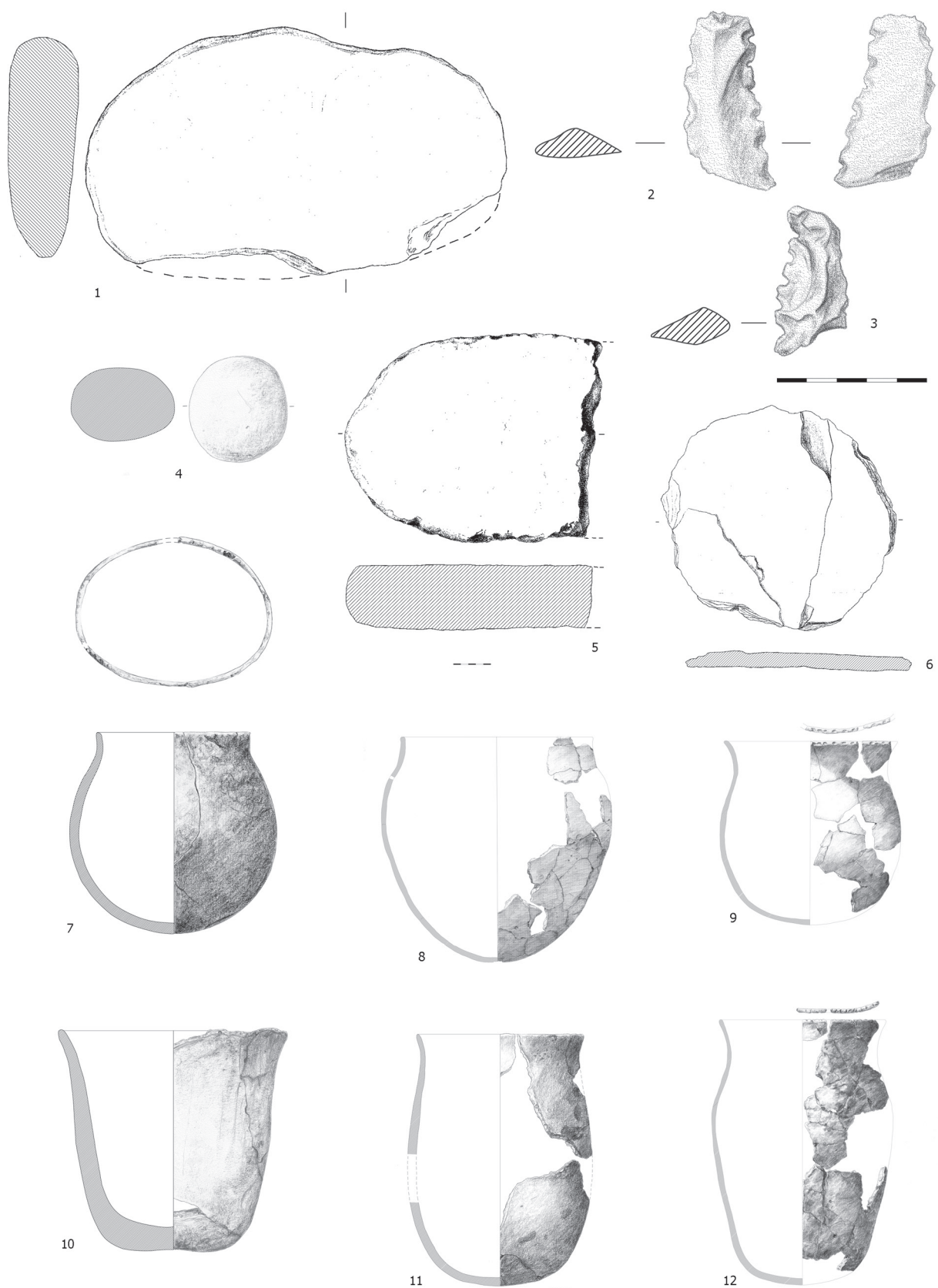


Fig. 6: Elementos arqueológicos de la casa XVIa (suelos IIIA y III0) relacionados con el almacenamiento y la producción de alimentos.

ficie muy pulida y la otra con una cavidad circular central (Fig. 5: 5). También se recuperaron alisadores que pueden estar en relación con el tratamiento de pieles e incluso con la fabricación cerámica o con el pulimento de objetos metálicos, molederas igualmente muy pulidas por el uso o varias piedras alargadas y aplanadas traídas de la rivera del río y con lustre de haber sido usadas.

La planta de distribución de todos estos elementos apunta a que la mayoría estarían dispuestos sobre el banco antes de que el proceso de derrumbe los desplazara hacia el centro de la estancia. A este respecto hay que señalar que al igual que ocurre con las casas colindantes e incluso con el resto diseminadas por el poblado, el suelo de ésta presenta una leve inclinación hacia el sur, es decir orientado hacia la pendiente.

Una de las actividades de mantenimiento que mayor relevancia e importancia tiene en este espacio es sin lugar a dudas el almacenamiento de alimentos (Fig. 6). Sin contar con un espacio dedicado en exclusiva a su procesado, esta actividad tuvo que ser muy intensa. Se han identificado dos áreas relacionadas con ella: una en el centro-sur con grandes contenedores sobre el enlosado de pizarras (Fig. 6: 7 a 12), asociados a diferentes tapaderas de pizarra recortada (Fig. 7: 6). En algunos casos se han recuperado de su interior los restos de cereal que contuvieron, completamente carbonizado. La otra es una zona que sin duda alguna sí que estuvo destinada a este fin, la zona oriental (Láms. XII y XIII). A lo largo de todas las fases de ocupación de la vivienda, esta zona mantiene la misma funcionalidad, el almacenamiento, aunque con ciertas reestructuraciones. En la fase que nos ocupa se documentaron hasta tres grandes contenedores cerámicos, uno de ellos globular, junto con sus respectivas tapaderas para preservar sus contenidos. También en estos casos se han recuperado grandes cantidades de cereal carbonizado, junto a abundantes restos de fauna y elementos denticulados en sílex destinados a una de las labores agrícolas por excelencia: la cosecha del cereal¹⁵. Estos ejemplares, hasta un total de 8, presentaban un buen lustre y se hallaban mezclados entre los molinos y los contenedores cerámicos. Posiblemente formaran parte de una hoz depositada encima del grano almacenado.

Asociada a ambas áreas de almacenamiento se ha identificado otra actividad interrelacionada con ésta, nos referimos al proceso de molienda o molienda. Se han recuperado dos piedras de molino (Fig. 6: 1 y 5), de medianas dimensiones, junto a sus respectivas manos de moler (Fig. 6: 4), con restos adheridos aún a su superficie activa de semillas carbonizadas. Además, en el extremo suroriental contamos con la única estructura de molienda propiamente dicha asociada no sólo a un gran contenedor cerámico posiblemente encargado de recoger el resultante del grano una vez molido, sino a una importante bolsada de semillas carbonizadas contabilizadas por centenares.

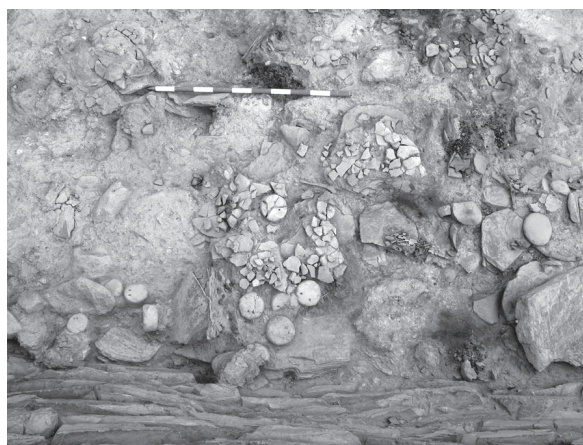
Junto a estas dos actividades, íntimamente relacionadas, aparecen otras que guardan igualmente relación con el procesado de alimentos como es su cocinado (Fig. 4).

Esta vez el área destinada a esta tarea de forma contundente es la oriental, en la que aparece una acumulación mayor de recipientes cerámicos relacionados con esta actividad (olla globular de cuello marcado, orzas, varios tipos de ollitas, etc., la mayor parte con evidentes signos de haber estado expuestas directamente al fuego).

Para completar el repertorio y la cadena de producción-consumo, nos encontramos, tanto en la zona central como en las cercanías de los bancos ya descritos, la mayor concentración de recipientes relacionados con el servicio y consumo de alimentos. Todos ellos responden a la tipología de vasos y cuencos de sección parabólica, esféricos y semiesféricos, en el que caben todas las dimensiones aunque con un predominio de los pequeños y medianos (Fig. 4: 7, 11, 14 y 15), junto a vasos carenados (Fig. 4: 9, 10, 12, 13) e incluso algunos con elementos de sujeción/decoración en el borde a base de pequeños mamelones, que presentan un excelente tratamiento de sus superficies, hasta casi otorgarles un aspecto metalizado. En relación con los contenedores de líquidos destacamos la aparición, asociada con uno de los bancos, de varios fragmentos de una copa de pie ancho y casquete semiesférico (Fig. 4: 8), que a juzgar por sus características formales estaría recién acabada de moldearse, con la arcilla aún fresca, a la espera de su secado antes de cocerla.

A este respecto cabe recordar que en el mundo argárico las copas suelen destacar por su presencia en la esfera funeraria como parte del ajuar, algo que en Peñalosa no se da en exclusividad, por lo que no resulta anecdótico el hecho de hallarlos en contextos domésticos, como sería el caso de otras viviendas (VI, XI y Xa) en donde se han recuperado ejemplares de estos recipientes asociados a otros siempre relacionados con el consumo¹⁶.

En el mismo espacio central identificamos una estructura desconocida por el momento en otros ámbitos del poblado. Nos referimos a un soporte sobre el que colocar los recipientes cerámicos. Se trata de tres cantos de río de mediano tamaño, minimizados en el suelo de ocupa-



Lám. XIV: Detalle del posible telar vertical del CE XVIa (Fase IIIA).

15) El hallazgo de dientes de hoz en el yacimiento de Peñalosa no es un hecho frecuente (Contreras Cortés, 2000).

16) En algunos otros yacimientos argáricos, como la Cuesta del Negro de Purullena, es usual el hallazgo de fragmentos de copas en contextos domésticos (Contreras Cortés, 1986)

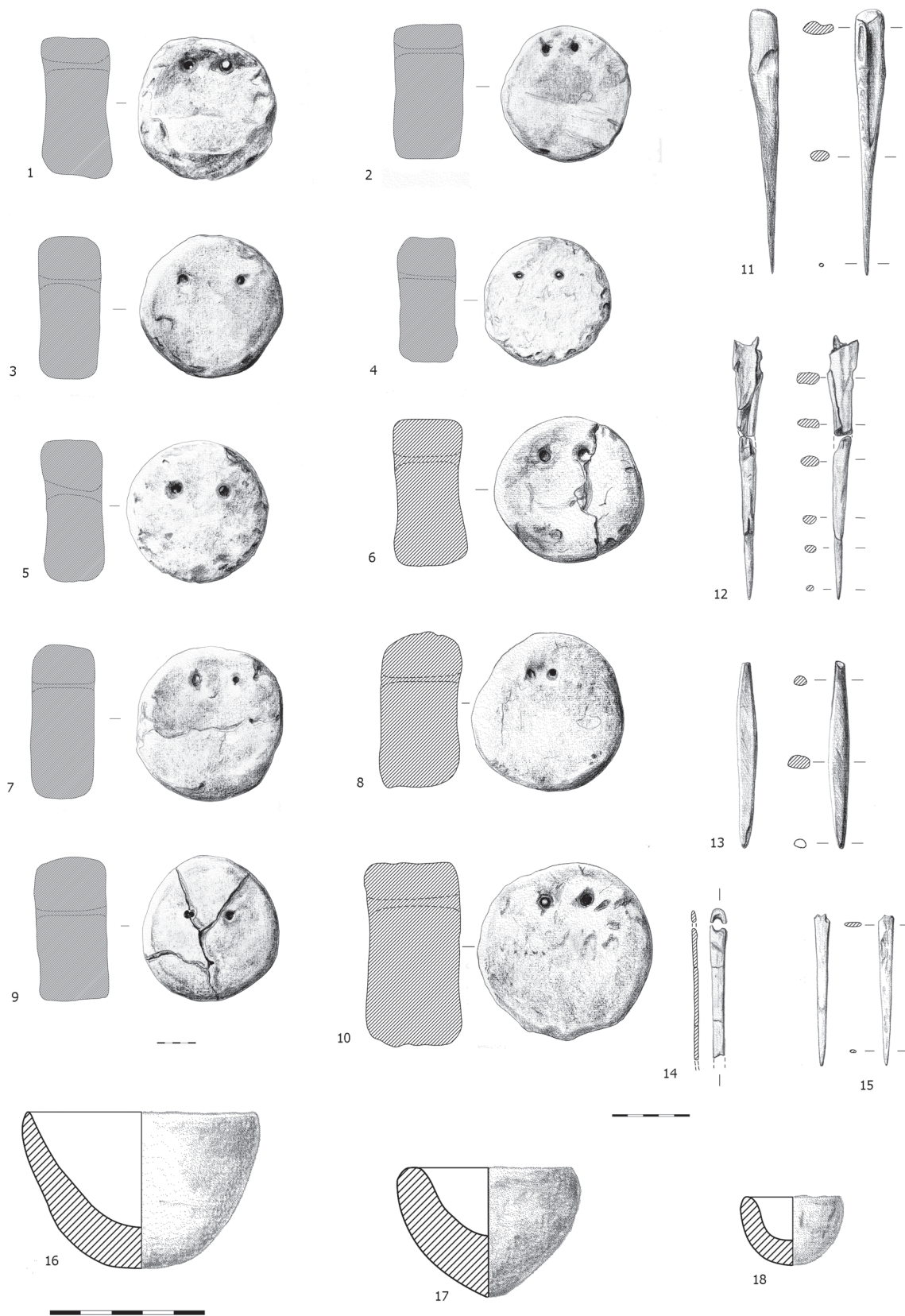


Fig. 7: Elementos arqueológicos de la casa XVIa (suelo IIIA) relacionados con las actividades textiles y la socialización.

ción, dispuestos en triángulo, sobre los que se apoyaba una ollita globular de fondo convexo y medianas dimensiones, dotada de dos pequeños mamelones idóneos para su movilidad, sobre la que se encontraba *in situ* su correspondiente tapadera. Junto a ésta, se encontraba una fuente circular de medianas dimensiones, de factura tosca, de paredes rectas y fondo plano ideal para la exposición y consumo de alimentos.

Otra de las actividades de mantenimiento desarrolladas por este grupo familiar sería la textil (Fig. 7). Junto al muro delantero de la vivienda, justamente sobre una de las sepulturas localizadas (sep.32) se han identificado determinados restos materiales que se tornan en evidencias indirectas de este trabajo. Su tipología y dispersión nos permiten acercarnos a lo que fue la producción de textiles y la confección de ropas y otros enseres. En este espacio, es en donde estaría instalado un telar vertical. De él quedaría una gran laja de pizarra rectangular (de 0,50 m de longitud) con una muesca semicircular a un lado simétrica a otra realizada sobre las piedras del propio muro delantero de la casa, que serviría de sostén de los largueros del telar que se apoyaría en el muro anterior (Lám. XIV). También nos queda la evidencia de uno de estos largueros ya carbonizados que cayeron sobre el suelo de ocupación, además de una muy elevada concentración de pesas de telar (más de 30 unidades) (Fig. 7: 1 a 10) tanto sobre esta estructura como en las zonas contiguas, que a juzgar por su disposición y orientación, estarían unas tensando los hilos de la trama del tejido en proceso de fabricación, mientras que el resto estarían depositadas unas sobre posibles estanterías y otras, recién fabricadas, secándose sobre el mismo pavimento. Este último hecho nos lleva a pensar en otro de los datos importantes que nos da idea de la dimensión que muestra esta actividad en particular y en este momento de ocupación. Como ya ocurriese en el CE Xa (Alarcón García, 2010), la acumulación de numerosas pesas de telar en proceso de manufactura (unas completamente deformadas al no estar cocidas y otras a falta de completar uno de los orificios de sustentación de los hilos), y atrapadas bajo el derrumbe generalizado de la vivienda, permite plantear que estamos no sólo ante un área de producción y confección textil sino que además, esta misma área sirve de lugar en donde se producen aquellos elementos necesarios para realizar dichas actividades, como son entre otros, las pesas.

La actividad textil no sería completa si no se contase con los elementos con los que confeccionar la ropa de uso cotidiano. Los 7 punzones (Fig. 7: 11, 12, 13 y 15) y 2 agujas en hueso (Fig. 7: 14) corroboran estas tareas junto a la presencia de semillas de lino¹⁷ y de las cápsulas que las recubren¹⁸, o la cantidad de restos de materia orgánica igualmente carbonizada que bien pudieran corresponderse con las madejas de hilo que se estaba tejiendo.

En otras casas de Peñalosa (IV y VI) a diferencia de lo que sucede en ésta (Contreras Cortés, 2000; Alarcón García, 2010), los restos de telares aparecen en el mismo

frente de puerta, a un lado de la misma. Sin embargo esa disposición permite igualmente su iluminación a través de la puerta y de los tragaluces que se han conservado en otras de las casas y que al parecer serían la norma en el asentamiento.

Las muescas sobre las que irían los largueros así como la concentración, cantidad y dispersión de las pesas nos puede indicar las dimensiones aproximadas de la estructura de telar. Para el caso de la Cultura Argárica se ha apuntado la existencia de telares cuya anchura podría variar entre los 0,70-0,80 m como sería probablemente en nuestro caso y los 1,00-1,20 m (Alarcón García, 2010).

Testimonios de telares de estas características los encontramos en Troya II (2500 a. C.) en donde se documentaron dos hoyos de postes junto a una pared del interior de una vivienda y equidistantes entre sí unos 1,10 m. que se interpretaron como para sostener los montantes de un telar. Tesis que se ve avalada dado que en su cercanía se recuperaron unos 26 ejemplares de pónderas separadas entre sí por unos 0,25 m de media (Bleguen, 1950: 338). Precisamente, la iconografía del telar con pesas colgando de los hilos de la urdimbre ha sido muy difundida, desde principios de siglo y aparece en toda la bibliografía relacionada con la industria textil prehistórica. Sin embargo, será en el centro y norte de Europa donde por razones ambientales son más frecuentes los hallazgos de restos de tejidos prehistóricos (Castro, 1984: 102).

Continuando con la relación de actividades que por fuerza hubieron de estar presentes en la vida cotidiana de Peñalosa se encuentra la del aprendizaje y socialización de los individuos infantiles. Si hay una actividad difícil de reconocer en el registro arqueológico es precisamente ésta. Mientras que en sociedades con escritura contamos con fuentes directas sobre su formulación y desarrollo, en los que se especifican lugares concretos, la utilización de elementos particulares como los textos u otros utensilios empleados en este proceso, en los grupos humanos que no poseen esta facultad, caso de las sociedades prehistóricas, las evidencias de las que disponemos se restringen únicamente a la documentación recuperada (cultura material) durante el proceso de excavación del registro arqueológico, aunque como sujetos sociales la dimensión espacial de su actuación alcanzaría el conjunto del poblado. Dado el carácter que tiene la documentación con la que contamos en arqueología, la estrategia más coherente y efectiva para su estudio consiste en no perder de vista en ningún momento de nuestra investigación el contexto dónde aparecen los artefactos, ya sean juguetes u otros objetos relacionados con los individuos infantiles. Estos elementos suelen tratarse de restos materiales de pequeñas dimensiones y factura deforme (Fig. 7: 16 a 18). Características que los han relegado en la práctica arqueológica al simple dato curioso, miniaturas, etc., haciéndolos pasar desapercibidos en los estudios de la cultura material y por lo tanto apartados de las interpretaciones del registro arqueológico

17) Las semillas de lino muy raramente han sido documentadas en contextos arqueológicos peninsulares y, sobre todo andaluces (Buxó, 1993).

18) En la campaña de 2011 se han recuperado las cápsulas de esta planta (comunicación personal de Leonor Peña Chocarro, quién está estudiando dichos restos).

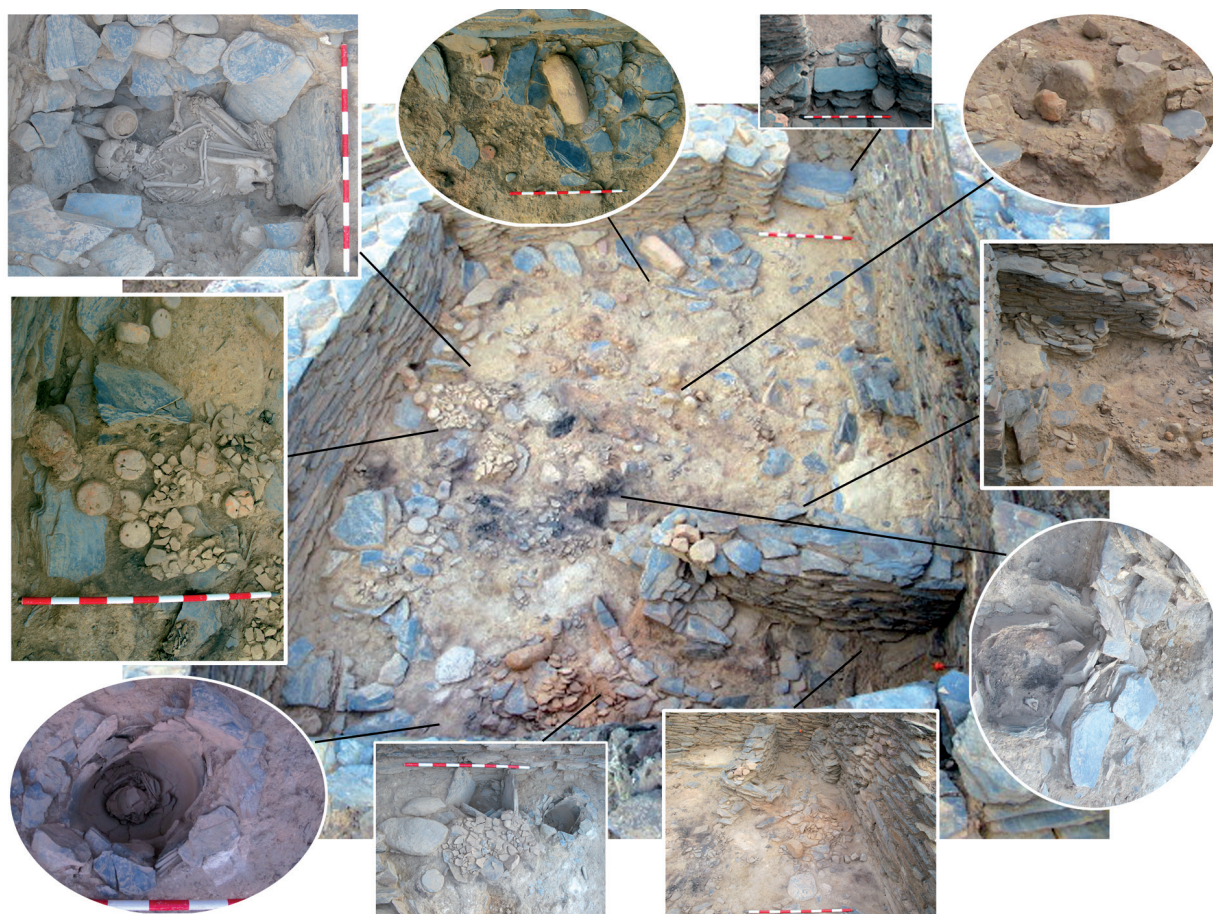
y en consecuencia fuera del conocimiento de nuestro pasado (Sánchez Romero, 2006; 2007).

En esta vivienda hemos documentado diferentes elementos relacionados con los individuos infantiles. Esta asociación la realizamos primero a partir de las características que presentan y que no se trata sólo de elementos de pequeñas dimensiones (hecho que no tiene por qué ser asociado a niños o niñas), sino que todos ellos responden a un proceso tecnológico incipiente, de manufactura tosca, con desgrasantes muy gruesos no apropiados para el tipo de vaso reproducido (Sánchez Romero y Alarcón García, en prensa); y segundo a su contextualización tanto en el espacio doméstico como en el funerario. Han sido varios los pequeños vasos cerámicos de estas características recuperados sobre el pavimento de barro endurecido, concretamente uno de ellos se encontraba en las proximidades de los bancos de la vivienda y dos más en la zona oriental, uno como ajuar de la sepultura infantil (sep. 31). La presencia de esta sepultura infantil junto al ajuar que lo acompañaba nos muestra a un individuo infantil con determinados derechos (el acto de ser enterrados) reconocidos y considerados por el conjunto del grupo social en el que estaba integrado. Ello nos acerca a la construcción de su identidad social y nos permite apuntar que desde muy pequeños su estatus social ya era reconocido (Sánchez Ro-

mero y Alarcón García, en prensa). Al respecto debemos recordar que el proceso de socialización y aprendizaje no sólo se produce y reproduce en la esfera doméstica sino que igualmente queda marcado en el desarrollo del ritual totalmente normalizado dentro del mundo adulto (Alarcón García, 2010).

La presencia de estos elementos tanto en el ámbito doméstico como funerario podría estar ligada a procesos de aprendizaje de tecnologías, a través del juego y de la imitación. Los recipientes cerámicos a pequeña escala vienen siendo asociados a las distintas fases de formación, socialización y aprendizaje infantil. La evidente falta de pericia en la manufactura de estos vasitos cerámicos podría relacionarse, bien con su uso como juguetes mediante lo que se reproducirían comportamientos del mundo adulto, bien como resultado del proceso de aprendizaje de la manufactura cerámica.

Recordemos que el uso de juguetes y juegos es un medio por el que los niños experimentan y aprenden, que resulta muy motivador y que los coloca dentro de la estructura social existente (Smith, 2000). A través de esas experiencias no sólo aprenden nuevos conceptos y técnicas, sino que paralelamente refuerzan comportamientos propios de la edad, género o de la clase social, y en algunas



Lám. XV: Principales áreas del suelo de la Fase IIIA del CE XVIa.

ocasiones serán empleados por los adultos para empezar a delegar determinados trabajos y responsabilidades. No obstante, e independientemente de su interpretación, parece evidente que su aparición como parte de los ajuares infantiles nos remite a aspectos específicos y, sin duda, relevantes en las formas de identidad social de los niños y niñas, definidas en otros trabajos (Sánchez Romero, 2004; 2007; Sánchez Romero y Alarcón García, en prensa).

Distribución de la cultura material recuperada en el suelo de ocupación IIII (Fig. 2)

Lo primero que llama la atención del último momento de vida de esta casa (Fase IIII) es la escasez de restos materiales conservados asociados a las distintas actividades que debieron desarrollarse. Ello contrasta sobre manera con la norma identificada en el conjunto de viviendas de este poblado donde sobre el pavimento de barro apisonado de todos los suelos de ocupación se han documentado gran cantidad de restos culturales *in situ* que nos han permitido analizar las diferentes áreas de actividades y sus relaciones en el pasado (Alarcón García, 2010). La ausencia de la mayoría de restos culturales que típicamente son localizados en estos contextos parece responder a un acto intencional ocasionado por el abandono definitivo del poblado. La explicación lógica teniendo en cuenta los restos materiales que sí se han conservado es que con toda probabilidad sus habitantes se llevaron consigo aquellos elementos “manejables” y transportables dejando atrás sólo aquellos que les suponían un mayor esfuerzo como ya hemos indicado en párrafos anteriores. Este es un hecho que suele ser inversamente proporcional al grosor de derrumbe acumulado siempre que estemos ante la última fase de ocupación.

A pesar de esta escasez de restos materiales sí que podemos definir diferentes áreas de actividades en función de la presencia y la dispersión de los mismos. Todo parece indicar que el área medular de esta vivienda, donde tendría lugar el desarrollo de la vida cotidiana sería el gran espacio central donde los restos culturales se reducen a numerosas piedras de molino de medianas dimensiones, tanto en granito como arenisca, y en su mayor parte fracturados de antiguo, lo que nos indica su desuso al menos en el momento de producirse el abandono. Junto a estos artefactos del proceso de moltura se han recuperados diferentes manos de moler así como pequeños nódulos de mineral de cobre.

En apartados anteriores ya hemos explicado la organización estructural y social de esta vivienda la cual se vio fuertemente mediatizada por la estructuración y división del espacio con respecto a la fase anterior creándose estancias anejas, dependientes pero sin lugar a dudas interrelacionadas. En este sentido, es importante reconocer la actividad metalúrgica que se está desarrollando en la zona oriental en asociación directa con la estructura sobre la que se dispone la torta de barro con restos de mineral de cobre y otros de desecho de la producción metalúrgica.

En este pequeño espacio, que pudo estar a la intemperie, se llevaron a cabo fundiciones puntuales de objetos presumiblemente de uso doméstico, como punzones, que no necesitasen de una cantidad importante de metal. El resto, aparte de las tareas señaladas con anterioridad, como serían la factura de moldes o la selección y trituración del mineral y de la masa resultante de la reducción, realizada en la parte central de la vivienda, habría otras que estarían supeditadas al mantenimiento de determinadas piezas como sería el de reactivar las puntas y filos cortantes de cuchillos y similares, para lo que se requeriría de piedras de afilar como las recuperadas en estos ámbitos.

Asociadas a esta actividad hay ciertas operaciones que se pueden realizar en zonas comunes dentro de la vivienda, y sobre todo en zonas techadas como la manufactura de los diversos contenedores e instrumentos necesarios para su desarrollo. Si bien es cierto que cada actividad implica un buen número de tareas en el que pueden intervenir todos y cada uno de los miembros de un grupo familiar, el proceso metalúrgico lo es aún más si cabe al contar su cadena operativa con un mayor número de eslabones. Dejando a un lado el trabajo físico, y por tanto el de las personas que se requieren o que intervienen en cada una de las fases del proceso metalúrgico, observamos como en la fase minera por ejemplo se necesitan herramientas que faciliten la extracción del mineral directamente del filón –picos, mazas, martillos de minero, recogedores, palas, etc.- al tiempo que una buena acumulación de leña para facilitar esa extracción¹⁹ y de los accesorios obvios que completen la tarea como sogas o cuerdas, canastos, cestos o espuertas en donde recoger y transportar ese mineral recién extraído del afloramiento. Al mismo tiempo que se realizan estas labores o justo al finalizarlas se estaría triturando el mineral para facilitar su reducción, separando la mena de la ganga. Para ello es preciso disponer de una piedra que haga de yunque y otra de martillo, lo que a menudo, y en función del medio geológico en que se hallen, es una rutina que conlleva cierta dificultad. Otro ejemplo sería la fase siguiente, la de transformación del mineral que atiende a los procesos de reducción y fundición y que requiere de la elaboración de las vasijas cerámicas apropiadas –vasijas horno o vasijas de reducción y los crisoles propiamente dichos en donde fundir el metal-, que son muy diferentes a las de uso doméstico, junto a los moldes, también cerámicos, sobre los que se vierte el metal líquido. Igualmente habría que contar con el resto de moldes en piedra tan comunes en el mundo argárico y que en Peñalosa representan un porcentaje elevado. Estos, a diferencia de los cerámicos suelen llevar esculpida la huella de la pieza a fundir. El desarrollo de estos trabajos implica nuevamente la acción de fuego y por tanto la tala y reserva de una cantidad importante de madera.

Como podemos comprobar por estos ejemplos, las labores metalúrgicas ponen en movimiento a otros actores, éstos entre bambalinas, que presumiblemente controlan los materiales necesarios –arcilla, cuero, hueso, materia

19) En el registro metalúrgico de Peñalosa hay evidencias directas de la técnica usada para la extracción del mineral por medio de la acción del fuego sobre el frente de roca para seguidamente su rápido enfriamiento a base de agua (Moreno Onorato *et al.*, 2010).

vegetal, piedra, etc.- para la fabricación de cada uno de los implementos necesarios, so pena de que sean los mismos metalúrgicos los que los desarrollen, en cuyo caso su exclusividad estaría bastante asegurada.

En la vivienda XVIa la interrelación espacial de esta actividad tecnológica con el resto de las observadas confirma la hipótesis de que cada grupo familiar pudo subsistir de forma autónoma produciendo aquello que necesitaba al tiempo que contribuyese a la comunidad con parte de su trabajo y por ende, con parte de su producción.

En comparación, en el resto de casas excavadas en la zona de la Acrópolis Oriental los vestigios de actividad metalúrgica son mínimos, de ahí su importancia (Alarcón García, 2010).

El resto de los espacios generados en esta vivienda parecen estar estrechamente ligados a otro tipo de actividades como es el aprovechamiento y almacenamiento de alimentos y su procesado mediante el empleo de técnicas de cocinado. Este es el caso de la estructura de grandes lajas hincadas asociada al muro este de la casa que destaca sobre el resto e incluso de las halladas en otros lugares del poblado tanto por sus dimensiones, sistema constructivo (recordemos revocado por grandes cantidades de barro endurecido) como por la cultura material asociada. En su interior se han localizado tres piedras de molino de granito, de medianas dimensiones, junto a una moledera asociadas a una gran cantidad de restos de semillas de cereal carbonizado. Asimismo destaca la abundancia de recipientes cerámicos destinados al almacenamiento como son las orzas y otros al procesado de alimentos como son las ollas de exposición al fuego. Recordemos también que en relación a ambos tipos de recipientes se han localizado diversas tapaderas en pizarra. Mezclados con estos elementos nuevamente se documentaron 3 piezas denticuladas en sílex claramente desprendidas de una hoz.

Por otra parte, la gran cantidad de restos vegetales presentes en el interior de esta estructura de almacenamiento junto al hoyo de poste que había sobre ella, nos estaría confirmando que dicho espacio estaría cubierto para preservar y conservar lo allí almacenado. En este mismo pasillo, ahora sobre la pared delantera de la casa, y vinculada a la anterior, apareció la otra área de almacenamiento en la que había un gran contenedor embutido en la estructura de lajas hincadas junto a otras tres orzas, dos de ellas globulares y con sus respectivas tapaderas, aunque completamente vacías.

CONSIDERACIONES FINALES

Los datos aportados desde los primeros momentos de investigación por este poblado confirman que al contrario de lo que sucede en periodos anteriores (Edad del Cobre) donde encontramos la existencia de talleres diferenciados dentro de los poblados, como es el caso de Los Millares, en Peñalosa no existió este tipo de taller, sino que la producción metalúrgica se realiza en casi todas las viviendas del poblado, existiendo dentro de ellas zonas especializadas o áreas determinadas del poblado destinadas exclusivamente a la realización de esta producción (Contreras Cortés, 2000: 322). Los restos de actividad metalúrgica se

constatan en mayor o menor medida en todos los espacios domésticos dentro del poblado aunque no en todos se realizan las mismas labores metalúrgicas ni con la misma profusión. Esto sucede durante todo el periodo de vida del poblado, desde su implantación, y si bien es cierto que la metalurgia que se desarrolla en Peñalosa continúa siendo “primitiva” al mantener las pautas tecnológicas de la época precedente calcolítica, posee dos claras diferencias: por una lado y como antes hemos advertido, la producción no está relegada a unos talleres o espacios concretos como ocurre por ejemplo en yacimientos punteros como Los Millares (Santa Fé de Mondújar, Almería), y por otro está claro que, durante la época argárica y en el transcurso de la Edad del Bronce, existe una mayor destreza tecnológica fruto de esa continua experimentación que revierte en un mayor aprovechamiento tanto de los recursos como de los procesos implicados, incluyendo los de manufactura y acabado de las piezas.

A este respecto hubieron de darse tentativas por mejorar la calidad del metal mediante aleaciones de dos metales diferentes -aleaciones intencionadas- o mediante la combinación de trabajos térmicos con otros mecánicos. Este desarrollo se concreta también en los tipos cerámicos que intervienen en las tareas pirometalúrgicas, alejados radicalmente del resto de cerámicas de uso doméstico, en el que las formas y contenidos minerales de la arcilla contribuyen a facilitar el proceso para los que fueron destinados: unos como hornos en donde reducir el mineral y otros en donde realizar la fundición metálica o en los primeros intentos por conseguir piezas a partir de moldes bivalvos aunque una de las tapas sea completamente plana, sin tener grabada la silueta de la pieza en sí.

Por otro lado y como es sabido, durante la Edad del Bronce no solo se observa un cambio en la tipología de los útiles manufacturados sino que aparecen los primeros objetos de plata, vinculados en principio con el adorno personal para poco a poco ir tomando nuevas formas como complementos de otras piezas metálicas –remaches en armas por ejemplo-. Sin lugar a dudas el número de piezas metálicas aumenta en esta época como también la complejidad en su diseño. En consecuencia, el desarrollo que se advierte en la producción metalúrgica tiene que ser vista como un avance natural al igual que es natural que determinadas personas se dediquen prácticamente con exclusividad a esta tarea. La gran cantidad de restos cerámicos y de moldes en piedra como de residuos acumulados de esos procesos que aparecen en el poblado, aboca a la existencia de esos maestros o especialistas, controlados por una élite que detenta el poder y que acapara los bienes de prestigio y organiza la redistribución a partir de la fabricación de lingotes metálicos con un valor de excedentes ligados a establecer relaciones de tipo social y económico. Por tanto, la gran base social de este poblado está formada por una serie de familias relacionadas muy estrechamente con la metalurgia y la minería del cobre, concedoras del trabajo metalúrgico y sus beneficios, y que serían las encargadas de desarrollar las tareas conducentes a la obtención de metal, cuyo uso y consumo estaría condicionado por las normas establecidas por la élite argárica, que sería la que dispondría de ese metal.

Aparte de esta actividad metalúrgica, podemos observar cómo en Peñalosa existe una perfecta imbricación entre esta tarea y el resto de actividades de tipo doméstico (Contreras Cortés *et al.*, 1995; Contreras Cortés, 2000; Contreras y Cámara, 2002a/b; Alarcón García, 2005; 2006; 2010; Alarcón García *et al.*, 2008), pudiendo estar implicados en mayor o menor grado un amplio número de personas a diferencia de lo que ocurría en la Edad del Cobre (Moreno Onorato *et al.*, 1995: 39). Esta fundición estaría integrada en esos espacios domésticos siempre al aire libre, como lo demuestra la aparición ya más abundante de ciertos materiales, como fragmentos de vasijas metalúrgicas próximos a restos de fuegos, asociados a productos secundarios de actividad metalúrgica, junto a un número elevado de morteros con cazoletas y molederas para el machacado tanto de minerales como de la masa escoriácea extraída de esas vasijas-horno. Igualmente la producción metalúrgica viene avalada por la abundancia de moldes en piedra arenisca de grano muy fino, de gran resistencia a la hora de recibir el caldo caliente al tiempo que retarda su enfriamiento lo que favorece la calidad del metal.

La producción de los materiales auxiliares pudo realizarse en el interior de las distintas unidades de habitación ya que en todas ellas se han hallado materiales vinculados de una u otra forma con esta actividad. Ahora bien, determinadas tareas realizadas de forma masiva y constante como la de reducción e incluso la de fundición, se tuvieron que llevar a cabo fuera de las áreas de habitación del poblado en prevención de su toxicidad (Moreno Onorato, 2000: 188) y de procurarse un espacio algo más amplio del que se dispondría en cualquiera de estas viviendas.

En Peñalosa, la actividad metalúrgica caracterizada como un hecho cotidiano, está inmersa en las unidades domésticas integradas por grupos humanos que pueden estar marcados por relaciones de consanguinidad o afinidad, de tipo familiar o no, pero que sus vínculos se establecen y reafirman a través de la vivencia cotidiana (Sanahuja, 2007: 48). Pero además existirían otras labores metalúrgicas que se llevarían a cabo fuera del poblado y que estarían ligadas a la fabricación masiva de lingotes metálicos. Esta actividad sería la causante de una gran cantidad de escorias y restos de vasijas hornos como los localizados en el vertedero de la ladera sur (Contreras Cortés *et al.*, en prensa a y b).

En este poblado de la Edad del Bronce, la interrelación de la producción metalúrgica con el resto de actividades de mantenimiento es constante en las diferentes fases de ocupación identificadas hasta el momento (IIIO y IIIA). El conjunto de estas actividades no solo comparten espacio sino también estructuras y cultura material, lo que posibilita determinar cómo se articula, como se desarrolla, como se negocia y cómo se distribuye el trabajo entre ambos sexos. Entendemos la división sexual del trabajo como una estrategia que adoptan las distintas poblaciones para ser lo más eficiente posible en la producción y el mantenimiento de sus estructuras sociales y económicas, pero esta división no siempre se articula de la misma manera, cada sociedad las construye y las negocia de manera distinta dependiendo de factores diversos.

Las mujeres han estado vinculadas a las actividades de

mantenimiento, mientras que los hombres se han relacionado con otros trabajos productivos; la interpretación de esta división, que puede ser aceptada en términos generales tal y como se demuestra etnográfica, histórica y, en cada vez más casos, arqueológicamente, ha tenido consecuencias nefastas para las mujeres al restarles valor de forma continuada a esas actividades realizadas por ellas y venir las considerando como “naturales” o “propias de”, términos que, de forma automática restaba conocimientos, tecnología o valor social al tiempo que consagraba a otras producciones como las realmente importantes para el avance de las sociedades. No hay más que observar cómo se han dividido tradicionalmente los grandes periodos de la Prehistoria, “edad de la piedra, edad de los metales” elevando a la categoría de explicación de cambio social a dos tecnologías habitualmente relacionadas con lo masculino, la producción lítica y la metalúrgica (Alarcón García y Sánchez Romero, 2010).

En el caso de Peñalosa y en particular para el desarrollo secuencial del ámbito doméstico que se presenta (en sus dos fases) la producción metalúrgica y el conjunto de actividades de mantenimiento observadas conviven, se interrelacionan y comparten un mismo espacio y tiempo. Esta relación nos permite inferir que tanto hombres como mujeres, y muy posiblemente individuos infantiles tuvieron una activa participación en sus desarrollos dado que se trata de actividades vitales para la subsistencia de este grupo humano del Alto Guadalquivir.

En conclusión, a través de este estudio se ha pretendido poner de manifiesto que cualquier proceso productivo -de alimentos, textil, lítico o metalúrgico- debe ser analizado teniendo en cuenta, entre otros factores, la organización en términos de sexo y la edad de los participantes en la misma y la repercusión que posee para el grupo a varios niveles -económicos, sociales, reproductivos, afectivos o de identidad-. En el caso de Peñalosa hombres, mujeres e individuos infantiles participan en una producción que es vital para la propia existencia del asentamiento, que se desarrolla en espacios compartidos con estructuras compartidas y que produce objetos que son utilizados tanto por unos como por otras en el ámbito de la vida cotidiana y en el funerario. La explotación de los recursos, la elección de los útiles, la organización del trabajo y la secuencia del proceso tecnológico son elementos claves para entender los comportamientos sociales y las elecciones humanas en cualquier tipo de actividad productiva (Childs y Killick, 1993: 325). Por tanto, entendemos que en las poblaciones arqueológicamente bien documentadas tenemos el deber de examinar la estructura social y su interacción dentro de cada comunidad, la comprensión de las prácticas y conocimientos tecnológicos y la reconstrucción de la organización e importancia social de la producción, en este caso del metal, a partir de los restos materiales que encontramos en el registro arqueológico.

BIBLIOGRAFÍA

ALARCÓN GARCÍA, E. (2005): **Las actividades de mantenimiento en el yacimiento de Peñalosa: una aproximación a la vida cotidiana de las poblaciones**

argáricas, Trabajo de Investigación Inédito (DEA), Universidad de Granada.

ALARCÓN GARCÍA, E. (2006): "Aproximación al estudio de las actividades de mantenimiento en el poblado argárico de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)", **Arqueología y Territorio** nº 3, pp. 89-116.

ALARCÓN GARCÍA, E. (2010): **Continuidad y cambio social. Las actividades de mantenimiento en el poblado argárico de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)**, Universidad de Granada, Granada.

ALARCÓN GARCÍA, E.; SÁNCHEZ ROMERO, M.; MORENO ONORATO, A.; CONTRERAS CORTÉS, F. y ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L. (2008): "Las actividades de mantenimiento en los contextos fortificados de Peñalosa", **Cuadernos de Prehistoria y Arqueología** nº 18, Universidad de Granada, pp. 265-296.

ALARCÓN GARCÍA, E. y SÁNCHEZ ROMERO, M. (2010): "Relaciones de género y organización del trabajo metalúrgico en la Edad del Bronce del sureste Peninsular", en el **V Simposio Internacional, Minería y Metalurgia Históricas en el Suroeste Europeo: Homenaje a Claude Domergue**. Universidad de León, pp. 209-220.

ALARCÓN GARCÍA, E. y SÁNCHEZ ROMERO, M. (2012): "Mujeres e identidad: el cuerpo y su contribución a la construcción de identidades en el mundo argárico", PRADOS, L., LÓPEZ, C. y PARRA, J. (Eds.), Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, pp. 55-78

ARANDA, G., MONTÓN, S., SÁNCHEZ, M. y ALARCÓN, E. (2009): "Death and everyday life: the Argaric Societies from Southeast Iberia", **Journal of Social Archaeology** 9 nº 2, pp. 139-162.

ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L., CONTRERAS, F., MORENO, A., DUEÑAS, J. Y PÉREZ, A. A. (2006): "La mina de José Martín Palacios (Baños de la Encina, Jaén). Una aproximación a la minería antigua en la cuenca del Rumbiar", **Arqueología y Territorio** nº 3, Universidad de Granada, Granada, pp. 179-195.

BOURDIEU, E. M., (1985): **La distinction. Critique social du jugement**, Minuit, Paris.

BUXO, (1993): **Des semences et des fruits. Cueillette et agriculture en France et en Espagne méditerranéennes du néolithique a l'age du fer**, PhD Thesis, Université Montpellier II.

BLEGUEN, C. (1950): **Troy**. Vol. I, Part 1. Vol. I, Part 2, Plates, Princeton.

CHILDS, T. S. y KILLICK, D. (1993): "Indigenous African Metallurgy: Nature and Culture", **Annual Review of Anthropology**, nº 22, pp. 317-337.

CLARKE, D.L. (1977): **Spatial Archaeology**, Boston, Academic Press.

CONTRERAS CORTÉS, F. (1986): **Aplicación de métodos analíticos y estadísticos a los complejos cerámicos de la Cuesta del Negro (Purullena, Granada)**, Publicaciones de la Universidad de Granada, Granada.

CONTRERAS CORTÉS, F. (2000): **Análisis Histórico de las Comunidades de la Edad del Bronce del piedemonte meridional de Sierra Morena y Depresión Linares-Bailen. Proyecto Peñalosa**, Arqueología. Monografías 10, Consejería de Cultura. Dirección General de Bienes Culturales, Sevilla.

CONTRERAS CORTÉS, F. y CÁMARA, J.A. (2001): "Arqueología interna de los asentamientos: el caso de Peñalosa", en RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M^a.L. (Coord.), **La Edad del Bronce) Primera Edad de Oro de España? Sociedad, Economía e Ideología**, Crítica Barcelona,

2001, pp. 217-255.

CONTRERAS CORTÉS, F. y CÁMARA SERRANO, J.A. (2002a): **La jerarquización social en la Edad del Bronce del Alto Guadalquivir (España). El poblado de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)**, British Archaeological Reports, International Series 1025, Oxford, 2002.

CONTRERAS, F., CAMARA, J.A. (2002b): Peñalosa, la edad del Bronce en Baños de la Encina. Las excavaciones llevadas a cabo en este yacimiento han aportado nueva luz al conocimiento de la Cultura del Argar, **ARQUEO, la aventura de la Arqueología**, nº 6, pp. 66-73.

CONTRERAS CORTÉS, F. y DUEÑAS MOLINA, J. (2010): **La minería y la metalurgia en el Alto Guadalquivir: desde sus orígenes hasta nuestros días**, Instituto de Estudios Giennenses, Diputación Provincial de Jaén, Jaén.

CONTRERAS CORTÉS, F., CAPEL MARTINEZ, J., ESQUIVEL GUERRERO, J.A. MOLINA GONZALEZ, F. y TORRE PEÑA, F. (1987-88): "Los ajuares cerámicos de la necrópolis argárica de la Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Avance al estudio analítico y estadístico", **Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada** nº 12-13, pp. 135-156.

CONTRERAS CORTÉS, F., RODRÍGUEZ, M^a.O., CÁMARA, J.A., MORENO, M^a.A. (1997): **Hace 4000 años... Vida y muerte en dos poblados de la Alta Andalucía, Catálogo de la Exposición**, Universidad de Granada/Consejería de Cultura/Fundación Caja de Granada, Granada.

CONTRERAS, F., CÁMARA, J.A., MORENO, A., ALARCÓN, E., ARBOLEDAS, L., SÁNCHEZ, M. y GARCÍA, E.I. (2010): "Nuevas excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). Informe de la 6^o campaña", **Anuario Arqueológico de Andalucía** 2005, pp. 1797-1810, Sevilla.

CONTRERAS CORTÉS, F., MORENO ONORATO, M^a.A., ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L., ALARCÓN GARCÍA, E., CÁMARA SERRANO, J.A., RIVERA GROENNOU, J.M. y CORTÉS SANTIAGO, H. (en prensa a): "Excavaciones arqueológicas en el poblado de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). Informe de la 7^a y 8^a campañas (2009 y 2010)", **Anuario de Arqueología de Andalucía** 2010, Sevilla.

CONTRERAS CORTÉS, F., MORENO ONORATO, M^a.A., ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L. y ALARCÓN GARCÍA, E. (en prensa b): "El poblado de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). Informe de la 9^a campaña (2011)", **Anuario de Arqueología de Andalucía** 2011, Sevilla.

HUNT, M., CONTRERAS, F. y ARBOLEDAS, L. (2011): "La procedencia de los recursos minerales metálicos en el poblado de la Edad de Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). Resultados de análisis de isótopos de plomo", **Actas del V Congreso Internacional sobre Minería y Metalurgia Históricas en el Suroeste Europeo**, León, 19-21 de Junio de 2008, Madrid, pp. 197-208.

JARAMILLO JUSTINICO, A. (2005): **Recursos y materias primas en la Edad del Bronce del Alto Guadalquivir. Medioambiente y registro arqueológico en la cuenca del río Rumbiar (Jaén)**, Universidad de Granada, Granada.

LULL, V. (1983): **La Cultura del Argar**, Akal, Madrid.

LULL, V. (2000): "Argaric society: death at home", **Antiquity** nº 74, pp. 581-590.

LULL, V. y ESTÉVEZ, J. (1986): "Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas", **Home-naje a Luis Siret (1934-1984)**, Sevilla, pp. 441-452.

MARK, R. (2002): **Tecnología arquitectónica hasta la revolución científica. Arte y estructura de las grandes construcciones**, Editorial Akal, Madrid.

MOLINA, F. (1983): La Prehistoria, Historia de Granada I, MOLINA, F. y ROLDÁN J.M. (Eds.) **De las primeras culturas al Islam**, Granada, pp. 11-131.

MONTÓN i SUBIAS, S. (2010): "Muerte e identidad femenina en el mundo argárico", **Trabajos de Prehistoria** 67 nº 1, pp. 119-137.

MORENO ONORATO, A.; MOLINA GONZALEZ, F. y CONTRERAS CORTES, F. (1995): "La investigación arqueometalúrgica de la Prehistoria Reciente en el Sureste de la Península Ibérica", VAQUERIZO, D (coord..) **Minería y metalurgia en la España Prerromana y romana**, Córdoba, pp. 13-54.

MORENO ONORATO, A. (2011): "Aprendiendo a construir un poblado Argárico. Trabajos de consolidación en Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)", **Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada** nº 20 (2010), pp. 435-478, Granada, 2011.

MORENO ONORATO, A. y CONTRERAS CORTÉS, F. (2010): "La organización social de la producción metalúrgica en las sociedades argáricas: el poblado de Peñalosa", **Menga** nº 1, pp. 53-76.

MORENO ONORATO, A., CONTRERAS CORTÉS, F., RENZI, M., ROVIRA LLORENS, S. Y CORTÉS SANTIAGO, H. (2010): "Estudio preliminar de las escorias y escorificaciones del yacimiento metalúrgico de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)", **Trabajos de prehistoria** nº 67 (2), pp. 305-322.

RICHARDS, C. (1990): "The late Neolithic house in Orkney", SAMSON R. (Ed.): **The Social Archaeology of Houses**, Edinburgh University Press, Edinburgh, pp. 111-124.

RIVERA GROENNOU, J.M. (2007): "Aproximación a las formas constructivas en una comunidad de la Edad del Bronce: el Poblado Argárico de Peñalosa (Baños de

la Encina, Jaén)", **Arqueología y Territorio** nº 4, pp. 5-21.

RIVERA GROENNAU, J.M. y ALARCÓN GARCÍA, E. (en prensa): "Lo que no vemos cuando excavamos: un caso práctico, el poblado de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)", **Actas del II Congreso de Prehistoria de Andalucía: Movilidad, contacto y cambio**, Antequera, (2012).

SANAHUJA YLL, M^a.E. (2007): "¿Armas o herramientas? El ejemplo del mundo argárico", SÁNCHEZ ROMERO M. (Ed.), **Arqueología y género: vida cotidiana, relaciones e identidad**, Complutum nº 18, pp. 195-200

SÁNCHEZ ROMERO, M. (2006): "Maternidad y Prehistoria: prácticas de reproducción, relación y socialización", Soler Mayor, B. (Coord.): **Las Mujeres en la Prehistoria** Museu de Prehistòria de València, Valencia, pp. 119-138.

SÁNCHEZ ROMERO, M. (2007): "Actividades de mantenimiento en la Edad del Bronce del sur Peninsular: El cuidado y la socialización de individuos infantiles", SÁNCHEZ ROMERO, M. (Ed.): **Arqueología de las mujeres y de las relaciones de género**, Complutum nº 18, pp. 185-194.

SÁNCHEZ ROMERO, M. y ALARCÓN GARCÍA, E. (en prensa): "Lo que los niños nos cuentan: individuos infantiles durante la Edad del Bronce en el sur de la Península Ibérica", JUSTE D. (Ed.) **Niños en la Antigüedad. Estudios sobre infancia en el Mediterráneo Antiguo, Zaragoza**.

SIRET H. Y SIRET, L. (1890): **Las primeras edades del metal en el Sudeste de España. Resultados obtenidos en las excavaciones hechas por los autores de 1881 a 1887**, Barcelona.

SMITH, (2000): "Children at play", MILLS, J. (ed.), **Childhood Studies: a Reader in Perspectives of Childhood**. London: Routledge, pp. 79-98

SØRENSEN, M.L.S. (2000): **Gender archaeology**, Polity, Cambridge.

ZEVI, B. (1998): **Saber ver la arquitectura. Ensayo sobre la interpretación espacial de la arquitectura**, Editorial Apóstrofe, Barcelona.